

# Desde mi ombligo y más allá del cordón umbilical: experiencias lesbomaternales

Mercè Falguera Ríos

mercefalguera@gmail.com

«A l'atzar agraeixo tres dons: haver nascut dona,  
de classe baixa i nació oprimida.  
I el tèrbol atzur de ser tres voltes rebel.»

MARIA MERCÈ MARÇAL<sup>1</sup>

**Resumen:** En este artículo, a partir de una perspectiva autoetnográfica, la autora narra el proceso hacia su maternidad lésbica y la construcción de su familia lesboparental apoyándose en parte de su investigación doctoral. Realizó su investigación antropológica sobre las maternidades de las mujeres lesbianas en Cataluña. El artículo se aproxima a esta temática desde lo cotidiano con la intención de describir la práctica diaria de estas familias. Algunos de los temas que se muestran son los orígenes personales, la autoidentificación de la identidad sexual, la revelación a la familia, la decisión-proyecto de tener hijos o la experiencia maternal, entre otros.

**Palabras clave:** autoetnografía, maternidad, lesbiana, familia lesboparental, homoparentalidad.

## Contextualización

Este artículo parte de mi tesis doctoral en antropología sobre las maternidades de las mujeres lesbianas realizada en Cataluña (para algunos, una comunidad autónoma de España; para otros, un país que camina hacia su independencia), en la Universidad de Barcelona, y defendida en diciembre de 2016. La tesis se centró en las experiencias maternas de un grupo de mujeres

---

<sup>1</sup> Cita original en catalán, la traducción es: «Al azar agradezco tres dones: haber nacido mujer / de clase baja y nación oprimida. / Y el turbio azul de ser tres veces rebelde». Del libro de poemas *Cau de llunes* (1976).

*Ankulegi* 21, 2017, 117-132

Fecha de recepción: 01-10-2016 / Fecha de aceptación: 28-11-2017

ISSN: 1138-347-X © Ankulegi, 2017

que tuvieron filiación con otras mujeres, o en solitario, a partir de técnicas de reproducción asistida (TRA).

El trabajo de campo se realizó en la provincia de Barcelona entre el mes de diciembre de 2011 y mayo de 2013. La técnica utilizada en el trabajo de campo fue la historia de vida como herramienta que profundiza en las trayectorias vitales de cada una de las mujeres. El número de familias entrevistadas fue de dieciséis. La mitad del grupo de familias era de una asociación de familias homoparentales, y la otra mitad no, con la idea de diferenciar experiencias maternas dentro y fuera del activismo LGTBQI. La búsqueda de las informantes se hizo a partir de un proceso de bola de nieve partiendo de unos contactos personales iniciales. Se realizaron cuarenta y cuatro historias de vida a treinta mujeres de edades comprendidas entre los treinta años, la más joven, y los sesenta, la mayor, con una media de 43,1 años. Las entrevistas se realizaron en catalán, y la mayoría de las informantes se expresa en este idioma durante estas, pero para este artículo se han traducido para facilitar su mejor comprensión. Tanto durante el contacto con las informantes como durante las entrevistas y el análisis posterior se tuvieron en cuenta criterios éticos y de confidencialidad en el tratamiento de la información y se tuvieron en cuenta las orientaciones deontológicas de la FAAEE<sup>2</sup> (Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español) aprobadas en Tarragona en septiembre del 2014.

En relación con el perfil socioeconómico, la muestra resultó ser bastante homogénea, sin ser este un objetivo previo. Todas ellas habían accedido a las TRA en clínicas privadas, ya que no se permitía en esos momentos en los

centros de la Seguridad Social, y accedieron a donante de semen anónimo. Las informantes son mujeres cisgénero, blancas, de clase media o mediaalta y tienen un nivel cultural alto (la mayoría con estudios superiores finalizados). Algunas de ellas se identifican como lesbianas y otras no; ninguna de ellas se definió como bisexual. En este artículo, y por una cuestión descriptiva, hablaré en genérico de mujeres lesbianas.

El objetivo general de la tesis fue analizar la construcción cultural y las prácticas de las familias formadas por mujeres lesbianas desde las vivencias de las propias mujeres. La idea principal fue obtener una imagen de las maternidades de estas mujeres como si de una autobiografía de un grupo se tratara.

Además, esta realidad también parte de mi vida personal y familiar como antropóloga, lesbiana y madre. Es por ello por lo que en este artículo combinaré mis propias reflexiones y vivencias con las narrativas etnográficas de las informantes de mi tesis haciendo un viaje de ida y vuelta desde lo científico a lo cotidiano, desde lo etnográfico a lo sentimental, intentando hacer una aproximación autoetnográfica. Hablaré en primera persona de quién soy, de mi experiencia lesbomaternal, intentando poner distancia de uno de los elementos indispensables en las viejas definiciones de *etnografía*, que era el interés por dar cuenta de lo muy diferente, de los otros (Mora, 2010). Alejándome de aquella etnografía que visitaba lugares exóticos o lejanos (respecto al lugar donde habitaban los académicos, generalmente hombres, blancos y de países desarrollados). Utilizaré la autoetnografía ubicándola en la perspectiva epistemológica que sostiene que una vida individual puede dar cuenta de los contextos en los que le toca vivir a esa persona, así como de las épocas históricas que recorre a lo largo de su existencia; tal y como sos-

---

<sup>2</sup> Se pueden ver en : <http://faaeenrapologia.com/acerca-de/orientaciones-deontologicas/>

tenía Franco Ferraroti: «La tesis central es que es posible leer una sociedad a través de una biografía» (citado en Iniesta y Feixa, 2006: 11). Como también plantea Laurel Richardson (2003), la autoetnografía «explora el uso de la primera persona al escribir, la apropiación de modos literarios con fines utilitarios y las complicaciones de estar ubicado dentro de lo que uno está estudiando» (citado en Gaitán, 2000: 1). De esta manera, la autoetnografía amplía su concepción para dar cabida tanto a los relatos personales o autobiográficos como a las experiencias de la etnógrafa como investigadora —ya sea de manera separada o combinada—, situados en un contexto social y cultural. Así, me ubicaré como una informante más del grupo, en el que además me siento ubicada por mis características personales y experiencias maternas, hablaré desde mi ombligo y también más allá de mi cordón umbilical.

## A modo de introducción

El ombligo es esa porción del cuerpo que me recuerda que un día estuve ligada físicamente a la mujer que me parió. Me recuerda cuál es mi origen, de dónde vengo, es el nexo de conexión con mi madre. Aunque en realidad es una cicatriz. Ese cordón da alimento y nutre al bebé. En el momento del nacimiento es cuando se debe romper y se inicia el proceso de la separación, la primera separación de nuestra vida, la primera de muchas. Hoy precisamente quiero hablar desde mi ombligo, y lo digo literalmente, quiero hablar desde mi barriga, desde mi maternidad. Desde esa maternidad construida con otra mujer. Desde esa posición que tan bien describe M.<sup>a</sup> Luz Esteban cuando habla de esa «antropología encarnada» (2004: 15): «Hablar de y desde

una/o misma/o, partir de la propia experiencia, de las propias contradicciones, conflictos y placeres, no despojarse del propio cuerpo, ni censurarlo, es una condición intrínseca a esta tarea».

Quiero hablar desde mí, y también desde otras que, como yo, han construido sus maternidades como proyectos deseados, desde identidades sexuales no heteronormativas. Narraré en primera persona una trayectoria vital, desde los orígenes hasta la maternidad, con diversas protagonistas, con mi voz y también con sus voces, con las voces de las informantes de mi investigación. Quiero agradecer a todas las mujeres que han participado en mi investigación, que me han explicado sus vidas, que me han dejado acercarme a ellas y que, con una complicidad de género, me han narrado cómo llegaron a ser madres. También un agradecimiento para mi familia, a la que he estado robando momentos de aquí y de allá. Son esos momentos robados los que dedico a mi afición particular: la antropología.

## ¿De dónde vengo?

Nací en un pequeño pueblo, que en aquel entonces tenía poco más de cuatro mil habitantes, al pie del Montseny, una montaña de la cordillera Prelitoral en la provincia de Barcelona (Cataluña). Hija de la emigración a Alemania de los años 1960-70, gestada allá, en Frankfurt (Alemania), y nacida aquí por deseo expreso de mis padres. Criada en el seno de una familia obrera, conservadora, católica, más creyente que practicante. Primera hija, nacida producto de una cesárea, con unas vueltas de cordón al cuello. Mi madre, durante mi adolescencia, me enseñó la gran cicatriz que dejé en su cuerpo al nacer; las cesáreas de antes no tienen nada que ver con las de

ahora. También me explicaba cómo había sido mi llegada al mundo: con el cordón alrededor de mi cuello, ese color azul característico y el riesgo a perder la vida, la suya y la mía. Cicatriz la suya por mi nacimiento, cicatriz la mía por el tono de su narración.

Después de mi nacimiento, volvimos a Frankfurt y allí estuvimos durante unos pocos años; tres o cuatro, creo. Mi padre trabajaba en una empresa farmacéutica, y mi madre cuidaba de mí y hacía de canguro de otros niños de familias que también eran inmigrantes (españolas, italianas...). Finalmente, mi madre regresó al pueblo, y mi padre permaneció un tiempo más allí. La permanencia de mi padre en el extranjero (seguía con el proyecto migratorio), la soledad expresada por mi madre durante los primeros años de crianza y el retorno definitivo al pequeño pueblo fueron los hechos que marcaron mi primera infancia. Y de ahí a la incorporación al mundo escolar. En el pueblo había dos tipos de escuela: la concertada y la pública. Mis padres decidieron que fuese a la escuela pública. Una escuela en la que recuerdo que había una estufa de hierro que alimentábamos con cáscaras de frutos secos.

Las mujeres que, como yo, han formado parte de algún proceso migratorio, ya sea de alguna parte de España hacia Cataluña, o bien hacia el extranjero, hemos experimentado ese ir y venir de acá para allá, alguna ausencia familiar por cuestiones laborales o el compartir vivienda con parientes, porque la migración todavía no era un éxito y había que ahorrar para ser independientes. Las nacidas en la década de los setenta, o antes, podríamos decir que hemos crecido en familias con valores más tradicionales donde mayoritariamente la religión ha tenido una gran importancia, ya sea por la educación de los padres como por las escuelas a las que nos llevaron, algunas de

ellas religiosas. En cambio, las informantes más jóvenes han crecido en entornos más progresistas y en un contexto social más abierto, después ya del franquismo. Aunque todas eran familias heterosexuales.

María<sup>3</sup> también es hija de la inmigración, del proceso migratorio de los años sesenta, de Andalucía a Cataluña. Ella y Maite<sup>4</sup> son pareja desde hace más de diez años, están casadas y tienen un niño y una niña. Maite se ha criado en una ciudad del área metropolitana de Barcelona. Las conocí como pareja hace años, vinculadas al activismo. Me recibieron en su lugar de trabajo y en su casa, y allí hicimos las entrevistas para la tesis en un contexto distendido y cordial. Maite me contó dónde y cómo pasó su infancia. Ella fue escolarizada en una escuela de monjas que solo era de niñas, una escuela concertada. Me explicó que su familia eligió esa escuela porque pensaba que así le iban a dar una mejor educación. Esta idea de la mejor calidad de las escuelas religiosas, de diversas congregaciones, era común en las décadas de los sesenta y setenta. Bajo este modelo de educación, había temas que no se trataban, entre ellos la sexualidad. Recuerdo que en la escuela no se hablaba mucho de sexualidad o estaba vinculada a la reproducción humana y desde una perspectiva heteronormativa. La influencia del catolicismo, el tabú de la sexualidad y la vergüenza por tratar estos temas en el ámbito familiar hizo que mi revelación de la identidad sexual se produjera años después, muchos años después, que pudiera sentir atracción por personas de mi

---

<sup>3</sup> Maite, treinta y ocho años, y María, treinta y nueve años. Las edades de las informantes están calculadas en el momento de realizar las entrevistas.

<sup>4</sup> Los nombres de las informantes son ficticios para preservar la confidencialidad y protección de datos de las mujeres participantes en la investigación.

mismo sexo. Así, la adolescencia se presentó como una etapa difícil, de soledad, de secretos inconfesables y a veces de silencios.

Esos silencios hicieron que no siempre explicitase la relación de pareja a mi familia, al inicio era una amiga; para algunas informantes era alguien cercano con quien se comparte piso, por ejemplo. Sentía un cierto miedo a ponerle nombre, a reconocer lo que era, al rechazo familiar. Careaga, en Espinosa (2007: 9), nos hablaba ya de la relación con la familia de origen, nos decía que, para las mujeres lesbianas, a diferencia de otros grupos que sufren discriminación, la familia de procedencia constituye un espacio peligroso pero necesario que hay que aprender a manejar. El mantenimiento de este vínculo exige encubrir la relación eróticoamorosa en una relación de amistad. La participación en actividades familiares amplias y privadas está condicionada, como dice Viñuales (2000), al pacto de silencio. El proyecto de maternidad y la presencia inminente de mi primera hija me obligó a la «revelación».

El tiempo pasó, y con él llegó la emancipación y la vida independiente. Cuando ya tuve una pareja formal fue más difícil asistir a ciertos compromisos familiares sin ella, la incorporaba sin ponerle nombre y así la iban conociendo. No le ponía más que su nombre propio, y ellos veían y leían lo que querían ver. El proyecto de maternidad ya fue otro tema, y ese sí que no podía obviarse, y ahí llegó la revelación, la confesión de la sexualidad y el reconocimiento de la maternidad compartida. En mi caso, fue como un jarro de agua fría, como las gotas de lluvia de ese día intenso que siempre recordaré, como las lágrimas que no pude contener al hablar de ello con mi familia.

## ¿Soy lesbiana?

De adolescente no me identificaba como lesbiana, tampoco había referentes en los que pudiera verme reflejada. Mi entorno era heterosexual y vivía en un mundo heteronormativo. Aprendí a vivir centrada en los estudios y anulando la sexualidad. Cuando me di cuenta de que me había enamorado de mi mejor amiga, más allá de los veinte años, tomé conciencia de que era lesbiana, sin ponerle nombre y sin hacerlo público. Una pareja estable y la llegada de mi primera hija fueron el inicio de mi activismo y la «salida pública del armario».

Mantener una relación sexoafectiva con otra mujer no necesariamente implica que nos definamos como lesbianas, como es el caso de algunas de las informantes de mi investigación. Algunas explicaban que se habían enamorado de la persona, que coincidía que era una mujer. En la mayoría de estos casos, era la primera y única vez que mantenían una relación de pareja con una mujer. Las mujeres más implicadas en organizaciones, ya sean feministas o del entorno homosexual, se definían claramente como lesbianas y tenían un discurso más politizado, tanto en relación con la identidad sexual como con la maternidad. Las teorías socioconstructivistas plantean que las identidades son construidas, fluidas y múltiples (Brubaker y Cooper, 2000). Así, la identidad de cada persona es el producto de la autocategorización y de la relación de la persona y su mundo social. Esta perspectiva habla de la fluidez y el dinamismo de la sexualidad y permite superar la dicotomía heterosexual/homosexual. Generalmente se tiende a asimilar el comportamiento sexual con la identidad sexual, pero estos no siempre son coincidentes (Kornblit *et al.*, 2005). En el contexto mexicano, Espinosa (2007: 67) nos habla en su investigación de la dificultad que algunas madres

lesbianas mexicanas tuvieron para asumir su identidad lésbica, dado que la identidad lésbica contradice todas las expectativas que la sociedad y las familias adjudican a la feminidad, e incluso a las expectativas que llegaron a tener algunas mujeres cuando eran niñas o adolescentes. Esa homofobia interiorizada, ese «armario» permanente es un lugar del que se sale o se entra según las circunstancias y los contextos: con la familia, en el trabajo, etc. Salir o permanecer en ese armario dependerá de esas múltiples circunstancias personales. Tanto Rich (1985) como Wittig (1992) defienden que aceptar que el lesbianismo es una «preferencia sexual» es falaz, ya que al hacerlo se está dando por válido que los seres humanos optamos libremente por la orientación que damos a nuestra sexualidad, y mantener esto último quiere decir ignorar la inmensa presión social que empuja a las personas, en un mundo en que la heterosexualidad es obligatoria, a optar libremente por la heterosexualidad. Es evidente que siempre ha habido mujeres que amaban a otras mujeres, pero también es evidente que siempre han existido y siguen existiendo circunstancias reales que impiden o dificultan la autoidentificación y la conciencia lesbiana.

Para algunas de las informantes, alrededor de los catorce o quince años empezaron a sentirse atraídas por una compañera/amiga de clase. Esta atracción la definen ahora cuando miran hacia su pasado. Reconocen que en aquel momento no fue un proceso consciente. Algunas se sintieron atraídas por una profesora de la escuela o instituto, como me pasó a mí con la profesora de Ciencias Naturales de 8.º de la EGB, pero sin saber distinguir si era admiración o realmente atracción sexual. Fue a partir de los dieciocho años, algunas a partir de los veintitantos, cuando empezó a aparecer una cierta conciencia lesbiana. Blan-

ca<sup>5</sup>, durante la entrevista hizo un matiz que me parece importante: destacar al explicarme que no sabía si era o no era lesbiana, o si estaba lesbiana. Acabó diciéndome que creía que estaba lesbiana, como una situación temporal, porque se había enamorado de Marina y quería vivir con ella. Miranda<sup>6</sup> me habló de la dificultad de nombrarse como lesbiana y que ella se tuvo que perdonar, que se culpaba por sentirse así, que incluso sufría y que se sintió sola, una soledad interna. Me explicaba que, cuando asumió que le gustaban las mujeres, que era una parte de su identidad, cuando se aceptó, se dio permiso para poder vivir la experiencia. En cambio, Mònica<sup>7</sup> me hablaba desde una perspectiva más política; para ella, el hecho de llevar una vida como lesbiana trascendía su vida personal. Para ella, a veces sin haberlo planificado, ya tomaba un posicionamiento político porque estaba definiendo una alternativa de vida que no era la corriente mayoritaria. Y para Berta<sup>8</sup> ser lesbiana es una elección. Ella me contó que tener sexo se puede tener con cualquier persona, que el sexo es un placer, pero con quién decides vivir y compartir la vida es lo que eliges, y para ella eso es ser lesbiana, ya que ella eligió a Amy.

En algún contexto de actividad grupal de la asociación de familias homoparentales, entre madres lesbianas he podido observar cómo surge otro tema, y es el de ser una «lesbiana pura». Surge de forma espontánea y se genera un cierto debate. Se hace un cuestionario

---

<sup>5</sup> Blanca, cuarenta y cinco años. Vive en pareja con Marina, de sesenta años, y tienen una hija adolescente.

<sup>6</sup> Miranda, cuarenta años. Vive en pareja con Susan, de cuarenta y un años, y tienen dos niñas.

<sup>7</sup> Mònica, cuarenta y seis años. Vive en pareja con Mercè, de cuarenta y tres años, y tienen un niño y una niña.

<sup>8</sup> Berta, cuarenta y seis años. Está casada con Amy, de cuarenta y ocho años, y tienen una niña.

informal de cada mujer que está en el grupo. Claramente surge la cuestión de la identidad sexual y esa separación entre quien solo ha mantenido relación con mujeres y quien antes de mantener una relación sexoafectiva con una mujer la había mantenido con hombres. La identificación como «lesbiana pura» se hace a partir de la concepción de que es más pura aquella lesbiana que nunca ha mantenido relaciones sexuales con hombres. Se podría relacionar este concepto de *pureza* con la reflexión sobre «lo que está fuera de lugar», lo sucio e impuro, que encubre en realidad una reflexión sobre las fronteras entre categorías sociales, como nos mostraba Mary Douglas en su libro *Pureza y peligro* (1973). Siguiendo la línea de Douglas, en la que se relaciona higiene y suciedad con pureza e impureza, se podría decir que las mujeres lesbianas que han mantenido relaciones sexuales con hombres serían unas impuras y tendrían una subcategoría en relación con las lesbianas puras, aquellas no contaminadas por los hombres.<sup>9</sup>

La mayoría de las mujeres entrevistadas me explicaban que conocieron a su pareja, o bien dentro del círculo laboral, o por amistades comunes; no describían como habitual haber conocido a su pareja actual dentro de lo que se llamaría *el ambiente* (es decir, locales de ocio para mujeres lesbianas, o bien grupos de socializaciónlésbicos). Al ser preguntadas por

aquello que les atraía, gustaba o aportaba su pareja, explicaban que, aunque eran personas muy diferentes, existía una cierta complementariedad entre ellas.

## ¿Seremos madres?

Después de un año de relación de pareja surgió la propuesta de tener hijos. Yo siempre he estado vinculada al mundo de la infancia, primero en el campo del voluntariado y ahora a nivel profesional. Mi esposa en aquel momento, ahora ya estamos separadas, siempre recordaba que, con dieciocho años y todavía sin reconocerse como lesbiana, pensaba que algún día tendría hijos, con pareja o sin ella. Para nosotras, el hecho de ser una pareja de mujeres no dificultaba el poder ser madres; al contrario, lo facilitaba por poder experimentar la maternidad desde los dos lados: el lado de la barriga y el otro lado. Esta maternidad fue una maternidad compartida, un proyecto vital de pareja; como también señala Donoso (2012: 45), fue una decisión consciente, reflexiva e intencional, una elección deseada, buscada, planificada y responsable. Weston (2003: 220), en su trabajo etnográfico, también mencionaba que el *boom* de la natalidadlésbica ha comportado la incorporación sutil de la biología y la procreación a las familias homosexuales como el producto de una elección y una creatividad no restringida.

Cuando las mujeres lesbianas decidimos tener hijos, estamos construyendo unos parámetros diferentes en las relaciones sociales y familiares, lo que produce una clara disociación entre sexo y procreación. Las madres lesbianas debemos asumir la contradicción de un discurso heterosexual y lesbofóbico que, por un lado, une la sexualidad femenina a la obligatoriedad reproductiva y, por otro, niega esta

---

<sup>9</sup> «No es difícil ver cómo las creencias de contaminación pueden usarse en un diálogo de reivindicaciones y contrarrevindicaciones de una categoría social. Pero a medida que examinamos las creencias de contaminación descubrimos que la clase de contactos que se consideran peligrosos acarrearán igualmente una carga simbólica. Este nivel es el más interesante; en él las ideas de contaminación se relacionan con la vida social. Creo que algunas contaminaciones se emplean como analogías para expresar una visión general del orden social» (Douglas, 1973: 16).

capacidad a las mujeres que no cumplimos con la normativa heterosexual. Tradicionalmente, se nos ha considerado como mujeres estériles e incapaces de ejercer la maternidad. De ahí la renuncia a su maternidad de muchas mujeres lesbianas. Una de las informantes, Lola<sup>10</sup>, me explicaba que al principio pensaban que no tendrían hijos por el hecho de ser una pareja de mujeres, aunque luego ella misma se preguntaba por qué no los iban a tener. Ellen Lewin ya nos señalaba que «reclamar el derecho a ser madre supone el repudio de las convenciones de género que definen *madre* y *lesbiana* como identidades inherentemente incompatibles, la primera natural e intrínseca a la mujer, organizada en torno al altruismo, la segunda antinatural y organizada en torno al egocentrismo». Además, nos apuntaba que «vivir como una madre significa crear otras opciones, y estas opciones rescriben la oposición entre madre y lesbiana» (Lewin, 1994: 350, citada en Imaz, 2003: 73).

Durante las entrevistas realizadas aparecía una cierta lesbofobia interiorizada de algunas informantes ante su maternidad y cómo entraban en conflicto ante la identidad maternal, cómo vivían la situación de tener una doble identidad, la de lesbiana y la de madre. Podemos ver el ejemplo de Maite y María. Maite me habló de su pareja y de cómo ella pensaba en su maternidad, me decía que suponía que ella no se había planteado la maternidad, que no le estaba permitido, que estaba excluida por el hecho de ser lesbiana.

Tradicionalmente, la maternidad siempre ha estado asociada a la función principal de la mujer. Desde las diferentes olas del feminismo se dio mayor o menor importancia a una serie de reivindicaciones imprescindibles para

entender el contexto actual. Así, Simone de Beauvoir (1949, 2000), Victoria Sau (1995), Elizabeth Badinter (1981) o Dolores Juliaño (1998) deconstruyen el modelo maternal, mientras que Adrienne Rich (1985), Luce Irigaray (1985) o Julia Kristeva (2000) hablan de la maternidad como experiencia. Los feminismos, a principio del siglo XXI, volvieron a dar el poder de decisión a las mujeres, y este poder también incluía una apropiación de sus maternidades. A veces se ha querido abarcar la maternidad desde una única posición, cuando en realidad las mujeres somos diversas. Cada una de nosotras aborda la maternidad desde unos supuestos propios, diferentes y exclusivos, al mismo tiempo que cada una de nuestras maternidades son diferentes. A menudo, las mujeres quedamos escondidas detrás de la barriga, detrás del embarazo, se nos instruye a lo largo de nueve meses para ser una «madre perfecta». Recuperar el proceso de embarazo y parto se ha convertido también en una reivindicación de las mujeres: el derecho al propio cuerpo y sus deseos.

Si hace veinte años alguien me hubiera dicho que me llegaría a casar con una mujer y que tendría tres hijas, hubiera dicho que esa no era mi vida. Siempre había pensado que no era necesario un papel para rubricar un compromiso, pero al tener hijas ese papel aseguraba sus derechos y facilitaba los procesos de adopción que tuvimos que realizar, ya que nuestras hijas nacieron antes de que hubiera Ley de Matrimonio Igualitario e inscripción conjunta de las dos madres. Hay que recordar que la ley que permite casarse a las personas del mismo sexo en España es tan solo del año 2005 y que estuvo recurrida durante unos siete años en el Tribunal Constitucional por parte del Partido Popular, partido que actualmente gobierna. Hasta el año 2012 no fue ratificada por el Tribunal Constitucional.

---

<sup>10</sup> Lola, cuarenta y tres años. Está casada con Cinta, cuarenta y siete años, y tienen tres hijos varones.

La Ley 13/2005 modificaba el Código Civil en materia de derecho a contraer matrimonio y permitía el matrimonio entre personas del mismo sexo. Todavía recuerdo perfectamente dónde estaba el día 1 de julio de 2005. Habíamos ido con unas amigas de vacaciones, a un *camping* que tiene unas playas fantásticas para veranear. Llevábamos allí unos días y era costumbre mientras preparábamos el almuerzo poner la radio para saber cuáles eran las noticias del día y qué pasaba en el mundo mientras nosotras íbamos de la playa a la piscina y volvíamos a ir. Ese día se quedó grabado para siempre en nuestra memoria.

La maternidad, además, precipitó la «salida del armario», era una visibilidad obligatoria y que obligaba también a revelar ese proyecto de pareja, quizás invisibilizada hasta el momento. Para la sociedad nunca ha sido extraño que dos mujeres vivieran juntas, como si fueran hermanas, dos buenas amigas... En el imaginario colectivo no constaba la posibilidad de una pareja sentimental formada por dos mujeres. Este hecho nos ha invisibilizado aún más a las familias lesboparentales. Durante los primeros años de relación con el vecindario, nos habían pasado unas cuantas anécdotas en este sentido. Un día una vecina me dijo que había visto subir a mi hermana al piso hacía un rato, refiriéndose a mi compañera. También supimos por la secretaria del administrador de fincas que a veces se referían a nosotras como «esas amigas que viven juntas». Supongo que no sabían cómo leernos y veían a dos mujeres que convivían con un bebé y que eran solidarias la una con la otra, en lugar de ver a una pareja con su hija. Nos costó un tiempo y muchas palabras visibilizar nuestro modelo familiar.

Me gusta utilizar el término de *familias lesboparentales* como una reivindicación de este modelo familiar también en el lenguaje

para que no quedemos invisibilizadas bajo el paraguas de las familias homoparentales. Al hablar de familias lesboparentales, me refiero a familias que están formadas por una o más mujeres lesbianas que tienen descendencia, independientemente de la procedencia de esta. A veces se habla de familias lesbianas, siguiendo una traducción de los términos que se utilizan tanto en francés como en inglés, pero desde mi punto de vista las familias no son lesbianas, sino que las mujeres adultas que las conforman sí lo son; a veces algunas se autodefinen así, y otras solo reconocen tener una pareja de su mismo sexo que las visibiliza como lesbianas. Partiendo de la idea de que el lenguaje puede construir pensamiento, creo que es importante también generar y utilizar palabras que definan esa realidad que como investigadoras miramos. Hablando de familias homoparentales lo haríamos desde un genérico que obviaría a las familias formadas por mujeres lesbianas, una vez más invisibilizando una realidad que ha sido doblemente invisible por el hecho de ser mujer y además lesbiana.

### ¿Soy madre o me hago madre?

Ser madre forma parte de mi experiencia vital, una experiencia de aprendizaje compartido. En esta vida nunca se deja de ser madre y eso es una gran responsabilidad. Ver a mis hijas cómo crecen, cómo aprenden, cómo inician su camino hacia la autonomía personal no tiene precio, es tan difícil de describir con palabras... Me hace sentirme orgullosa de ellas y a la vez más responsable de acompañarlas en su camino. He sido madre en el día a día y me he ido construyendo poco a poco cometiendo errores y aprendiendo de ellos, creciendo con mis hijas, acompañando-

nos mutuamente en el camino. Así es como me he ido haciendo madre, no solo por haber parido a algunas de mis hijas, sino por estar ahí en el día a día. Gestar a un bebé no implica necesariamente ser madre, solo hay que recordar, por ejemplo, a las mujeres gestantes en la gestación por sustitución: ellas paren, pero no son sus madres, no ejercen ese rol. Me he sentido madre desde el momento en que el test de embarazo dio positivo la primera vez, me he sentido madre cuando mi primera hija estaba en la barriga de su otra madre y me he continuado sintiendo madre cuando he sentido a mis hijas pequeñas en mi propia barriga. Así me he ido construyendo como madre, me he hecho madre, más allá de los lazos biológicos.

Desde un planteamiento biologicista, se afirmaría que existe una relación estrecha entre la madre que ha parido la criatura y esta; en cambio, desde el construccionismo, se afirma que el vínculo se crea a partir de la interacción social, es un constructo sociocultural. ¿Y si no ha existido ese cordón umbilical entre una madre y una criatura? ¿Existe esa conexión madre-hijo o cómo es que una madre que no ha parido, una «madre desnaturalizada», lo puede sentir? ¿Cómo se generan esos vínculos cuando el cordón umbilical no existe? Y, si existen dos mujeres, y una lo ha parido y la otra no, ¿cómo se genera ese vínculo con las dos? Y, si la criatura es adoptada por dos mujeres..., ¿habrá dos cordones umbilicales? Esta idea del cordón umbilical todavía está muy presente en el imaginario colectivo, como si ese cordón fuera el único nexo y la explicación de la relación madre-hijo, como si solo pudiera existir un único cordón umbilical. En este sentido, Lola<sup>11</sup> me explicaba que

ella pensaba que el vínculo se tiene que crear. Me decía que el vínculo con las personas se crea o no se crea. Me comentaba que, si no se crea un vínculo, nunca lo tendrás, aunque sean tu padre y tu madre, o tu madre y tu madre, o tu padre y tu padre, pero, si no lo crean, ese vínculo no se crea. Ella me decía que el vínculo se puede crear, se puede perder, se puede volver a crear. Y acababa diciéndome que los vínculos se crean, se destruyen y se vuelven a crear. Cinta, la esposa de Lola, también me comentaba que el vínculo con su hijo de la barriga lo tenía desde el primer momento; el vínculo con el hijo de la barriga de su pareja no lo tenía desde el primer momento, pero lo creó.

Cinta y Lola tienen tres hijos producto de inseminación artificial de donante anónimo. Cinta ha tenido los dos primeros embarazos; el segundo hijo lo iba a tener Lola, pero estaba promocionándose laboralmente y decidieron que tuviera el tercero. Los tres nacieron cuando no había ninguna ley que reconociera el derecho al matrimonio igualitario y la adopción conjunta. Legalmente eran madres solteras; cada una con las criaturas que había parido. La falta de reconocimiento legal y de otros referentes cercanos de modelos familiares similares hizo que, en un inicio, asumir la maternidad compartida generara muchas dudas, tal y como me explicaba Lola, ya que era una maternidad en construcción. Ella me contaba que se sentía rara al inicio. Me decía que era la primera vez que ella sentía que había dos madres. Ella pensaba que la gente la cuestionaba y que fue cuando vio que, si ella se sentía segura, que si era ella quien tenía claro su rol, todo sería más fácil. Ella me reconoció que era su inseguridad la que hacía que le costase asumir su maternidad, que era un rol nuevo y que al principio no sabía cómo ejercerlo.

---

<sup>11</sup> Lola, cuarenta y tres años. Casada con Cinta, de cuarenta y siete años. Son madres de tres hijos varones.

Familias formadas por mujeres lesbianas hace mucho tiempo que existen, y la visibilidad de las familias lesboparentales es cada vez mayor. Mujika Flores (2007: 270-271) nos decía que, aunque la maternidad lesbiana siempre ha existido, hoy en día es más visible que nunca y ocupa espacios amplios dentro de las redes sociales constituidas por gays y lesbianas y dentro del asociacionismo LGTB actual. Y así se puede ver por el número de asociaciones de familias homoparentales que hay en el Estado español, que han ido aumentando, así como grupos de familias homoparentales dentro de las grandes ONG del activismo LGTBI.

El avance de la ciencia con las técnicas de reproducción asistida y la apertura de la adopción internacional ha dado nuevos colores a la estructura familiar. En la actualidad, el hecho de que haya constituciones variadas de familia, y sobre todo que empiecen a hacerse visibles, plantea nuevas preguntas a la sociedad y obliga, por tanto, a buscar nuevas respuestas. Sin duda, el hecho de que haya empezado a hablarse de la existencia de familias homoparentales, o que los colectivos de gays y lesbianas hayan reclamado el derecho al matrimonio y a la adopción o acogimiento de menores por parte de parejas homosexuales, ha trasladado a la sociedad un debate encendido sobre estas realidades familiares. Si la familia monoparental y la familia recompuesta remiten a una diversidad de situaciones, la familia homoparental —expresión creada en Francia, en 1996, por la Asociación de Padres y Madres Gais y Lesbianas (APGL)— contribuiría con la diversidad, ya que en ella no se sobreponen procreación, parentalidad y relación de pareja. El lazo parental no se restringe a lo biológico, sino que incluye el parentesco social.

A partir del reconocimiento del matrimonio igualitario y la adopción conjunta,

pude ser también la madre legal de mis hijas. Nuestro camino fue largo, pasó por el deseo y nacimiento de nuestra primera hija, por el matrimonio y por el nacimiento de las dos pequeñas. A partir de ahí, iniciamos los dos procesos de adopción para que ellas pudieran llevar un apellido de cada una de nosotras, fueran hijas legales y hermanas legales entre ellas. El proceso de adopción fue un largo camino de papeles, de explicaciones, de demoras en los juzgados por desconocimiento, quizás también por un poquito de lesbofobia, hasta tener un solo libro de familia con las tres niñas. Ese fue el camino recorrido hacia la comaternidad legal. Pero como dijo la jueza chilena Karen Atala Riffo (2012)<sup>12</sup>, «fui y soy madre por opción», más allá de cuándo se hiciera el trámite legal de nuestro reconocimiento. En su caso se le negó el derecho a criar a sus propias hijas por un prejuicio y la existencia de un estereotipo negativo sobre las personas de orientaciones sexuales diversas. Las palabras de la jueza chilena Karen Atala en la declaración pública ante el fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos definen muy bien el sentimiento de una madre —«Fui y soy madre»—, a pesar de no haber podido estar durante mucho tiempo con sus propias hijas, evidentemente no por propia voluntad. Con el caso Atala se evidencia cómo la legislación puede ser discriminatoria ante personas de orientaciones sexuales no heteronormativas, y pone sobre la mesa y en el debate público que todavía queda mucho trabajo por hacer, tanto a nivel legislativo como de sensibilización educativa y social.

---

<sup>12</sup> Caso Atala Riffo y niñas *vs.* Chile. Sentencia de 24 de febrero de 2012. Corte Interamericana de Derechos Humanos. Ver sentencia en [http://corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec\\_239\\_esp.pdf](http://corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_239_esp.pdf)

## ¿La sociedad está cambiando?

Cuando vuelvo la vista atrás, haciendo un poco de revisión de mi vida, de los cambios que han pasado en los últimos veinte años, me doy cuenta de cómo hemos avanzado en reconocimiento de derechos para las personas LGTBI. Miro a mis hijas, una en breve accederá a la universidad, y veo cómo han crecido y cómo hemos crecido juntas como personas y como familia.

Todavía participo en algunos encuentros de familias homoparentales y veo cómo parejas jóvenes, y no tan jóvenes, acceden a sus proyectos maternales. Las miro, las escucho y todavía oigo algunos temas que me resuenan: algunas dificultades para inscribir a las niñas en los registros civiles, la dificultad de tener unos formularios escolares adaptados a las diversidades familiares, la necesidad de incluir en los proyectos educativos de los centros escolares la temática de la diversidad familiar, el planteamiento de cómo nombrar a las dos madres, si existe una relación más estrecha entre la gestante y la criatura, etc. Y entonces aparece de nuevo ese pensamiento recurrente que me dice que ha habido cambios legislativos, pero que todavía queda mucho camino por recorrer a nivel social. Y vuelven a resonarme las palabras de Cadoret (2003: 166) cuando decía que, si bien la homosexualidad comienza poco a poco a conquistar el derecho de ciudadanía, el homoparentesco solo puede concebirse, por el momento, como la adhesión a un modelo familiar de multiparentesco. Ella se preguntaba si estamos preparados, unos y otros, para abandonar nuestro modelo de referencia. Parece que todavía hay ciertas resistencias y que esa sociedad, que parece que está cambiando, todavía necesita otros cambios. Pero los cambios también pasan por nosotras, por aceptarnos, por identificarnos, por asumir

esa doble identidad de madres y lesbianas. Creo que también por reconocer nuestras maternidades y nuestros maternajes, por reconocerlos y por reivindicarlos.

Cuando accedí a mi maternidad, una comaternidad lésbica, lo hice partiendo de la maternidad como proyecto de vida, como un proyecto que estructura, que me incorpora a la sociedad heteropatriarcal, a una familia extensa, a una comunidad educativa, etc., y que me acepta más como madre que como lesbiana. La discusión teórica podría estar entre Wittig (1992) —las lesbianas no somos mujeres— y Strathern (1992) —la presencia de un cuerpo sexual, que puede ser reproductivo—. Así, haciendo un cierto juego de palabras, podríamos decir que las lesbianas somos mujeres porque nos hacemos madres; es a partir de nuestras maternidades como llegamos a ser mujeres. Se produce una significación del cuerpo de las mujeres, unos cuerpos reproductivos por donde pasan nuestras maternidades; se produce una resignificación de los cuerpos. Las mujeres lesbianas, al transformarnos en madres, aparecemos como cuerpos inteligibles socialmente, podemos ser leídas en tanto que somos madres (que es una lectura más aceptada que la de lesbianas, cuerpos sexuados que buscan el placer con otras mujeres, fuera de la heteronormatividad). Por eso, la maternidad también es percibida por las informantes de mi investigación como una mejora en su aceptación social y legitimidad de su relación lésbica. Tener filiación obliga y facilita la visibilidad social, su estatus social, su pertenencia (ser de la comunidad) y, a veces, las reconcilia con su familia de origen, aunque ese no fue mi caso. Por todo ello, creo que ser madre es un rol lleno de significados y a veces contradicciones. En mi investigación he intentado mirar la maternidad desde una posición feminista, como un trabajo repro-

ductivo, un trabajo de energía física, mental y emocional; un trabajo del cuerpo y con el cuerpo, que no se puede separar de la cultura que lo rodea.

Nos podríamos preguntar, siguiendo a Butler (2006), cómo se construye una vida viable para las mujeres lesbianas que somos madres. Algunas posibles respuestas podrían ser: a partir de nuestras relaciones —de pareja y sociales—, con unos espacios propios con el grupo de iguales, con la necesidad de relacionarse con la familia de origen y con el reconocimiento de la identidad lésbica, ya visibilizada a partir de la comaternidad. Aunque no podemos obviar el peso de la ley y cómo esta ha determinado durante muchos años quién puede y no puede acceder a las técnicas de reproducción asistida o quién puede contraer matrimonio y adoptar y quién no. Esta especie de biopolítica, impulsada como idea de gobierno y de control del cuerpo (Foucault, 2009), tiene plena vigencia en relación con este tema, en relación con los cambios del cuerpo y la gobernabilidad en el enfoque gubernativo de cuerpos pasivos e indiferenciados sujetos al control institucional en un mundo heterocéntrico.

Como nos recordaba Margarita Pisano (2004), se debe recuperar esta posición «desde afuera» en el pensamiento de las mujeres. Estar afuera es indispensable para «pensar», no solo para relacionarnos de otra manera en el espacio políticopúblico o para inventar una historia que nos sirva a las mujeres, y a la humanidad, también es indiscutiblemente necesario para relacionarnos en el espacio amoroso y maternal. Al final todo es un posicionamiento en la vida, ella también nos recordaba «qué fácil es quedarse tranquila» (2004: 207):

«Qué fácil es quedarse tranquila en la sombra de un buen árbol, escondida.

Academia, pareja, cultura, familia, partido, religión, todos buenos árboles, tienen sombras largas donde no vivir y no pensar.

Desde allí todos dirigen, unos el tránsito, otros las hormonas, los capitales y las pobreza, algunos los discursos, otros los silenciamientos, repartiéndose por sorteo, salud, educación y cultura.

Qué fácil es quedarse tranquila en la sombra de un buen árbol, escondida. Asumiéndote humanamente imperfecta, para no cuestionarte y mantener el sistema. Es en esa sombra donde nos marcan la piel como animales a las que nos quedamos en descampado y a pleno sol, porfiadamente, vivas».

Y sintiéndome viva es como construí mi maternidad. Y en ese proceso de construcción, en el que la mayoría de las personas estamos como protagonistas, parejas o familiares, es donde he querido poner esa mirada antropológica que sabe hacer extraño lo cotidiano, que sabe ver más allá de los acontecimientos, que sabe dar voz a las protagonistas. La maternidad es un proceso que se alarga durante toda la vida y va cambiando según las necesidades de las criaturas y según evolucionan. Cada mujer vive y construye la maternidad de una manera determinada y única, por eso hablo de maternidades en plural, desde esa pluralidad de construcciones y experiencias vitales, como plurales son las historias de vida de las informantes que han participado en esta investigación. A todas ellas, mi agradecimiento por su confianza.

Formar una familia, ser madre, implica asumir responsabilidades, compromisos, adaptarse a una nueva realidad, renuncias personales, prioridades, pérdidas, ganancias, cansancio..., dejar de ser una para pensar en conjunto, en definitiva. Es un largo viaje, pero afortunadamente no es un viaje en solitario, siempre hay personas en el camino que nos

acompañan, a veces de forma más permanente, otras solo durante un trayecto del viaje. La sociedad de hoy en día nos está mostrando

que madre no hay solo una y no hay un solo modelo de ser madre. Las maternidades son plurales, como la vida misma.

## Bibliografía

- ATALA RIFFO, K. (2012). *Declaración Pública de Karen Atala sobre el fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos*. Recuperado de <http://www.iguales.cl/declaracion-publica-de-karen-atala-sobre-el-fallo-de-la-corte-interamericana-de-derechos-humanos/>. Consultado en internet el 13-09-2013
- BADINTER, E. (1981). *¿Existe el amor maternal?* Barcelona: Paidós.
- BEAUVOIR, S. de (1949/2000). *El segundo sexo*. Universitat de València, Instituto de la Mujer. Madrid: Cátedra.
- BRUBAKER, R.; COOPER, F. (2000). Beyond ‘identity’. *Theory and Society*, 29, 1-47.
- BUTLER, J. (2006). *Desbacer el género*. Barcelona: Paidós.
- CADORET, A. (2003). *Padres como los demás. Homosexualidad y parentesco*. Barcelona: Gedisa.
- DONOSO, S. (2002). La familia lésbica. En Herdt y Koff (Eds.), *Gestión familiar de la homosexualidad* (pp. 171-214). Barcelona: Bellaterra.
- DOUGLAS, M. (1973). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI.
- ESPINOSA, S. I. (2007). *Madres lesbianas. Una mirada a las maternidades y familias lésbicas en México*. Madrid: Egales.
- ESTEBAN, M. L. (2004). Antropología encarnada. Antropología desde una misma. *Papeles del CEIC*, 12.
- FOUCAULT, M. (2009). *El gobierno de sí y de los otros*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GAITÁN, A. (2000). Exploring alternative forms of writing ethnography. Review Essay. En Ellis, C. y Bochner, A. (Eds.), *Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing*. *Forum: Qualitative Social Research*, 1(3), art. 42, [9 párrafos]. Recuperado de <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0003420>.
- IMAZ, E. (2003). Estrategias familiares y elección reproductiva: notas acerca de la maternidad en las parejas lesbianas. *Ankulegi*, 7, 69-77.
- KORNBLIT, A. L. et al. (2005). Educación sexual en el ámbito escolar: la perspectiva de los jóvenes. En *VI Jornadas de Debate Interdisciplinario en Salud y Población*. Buenos Aires: Área de Salud y Población del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- KRISTEVA, J. y CLÉMENT, C. (2000). *Lo femenino y lo sagrado*. Valencia: Cátedra.
- INIESTA, M. y FEIXA, C. (2006). Historia de vida y ciencias sociales. Entrevista a Franco Ferraroti. *Revista de Recerca i Formació en Antropologia. Perifèria*, 5, diciembre.
- IRIGARAY, L. (1985). *El cuerpo a cuerpo con la madre*. Barcelona: La Sal.
- JULIANO, D. (1998). *Las que saben*. Madrid: Horas y Horas.
- MORA, H. I. (2010). El método etnográfico: origen y fundamentos de una aproximación multitécnica. *Forum: Qualitative Social Research*, 11(2), art. 10. Recuperado de <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs1002100>.
- MUJIKA FLORES, I. (2007). *Visibilidad y participación social de las mujeres lesbianas en Euskadi*. Vitoria-Gasteiz: Ararteko.
- PISANO, M. (2004). *Julia, quiero que seas feliz*. Chile: Surada Editorial.
- RICH, A. (1985). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *Nosotras que nos queremos tanto*, 3, noviembre.
- RICHARDSON, L. (2003). Writing. A Method of Inquiry. En Denzin, N. y Lincoln, Y. (Eds.), *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*. California: Sage.
- SAU, V. (1995). *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna*. Barcelona: Icaria.

STRATHERN, M. (1992). *Reproducing the future. Anthropology, kinship and the new reproductive*. Manchester: Manchester University Press.

VIÑUALES, O. (2000). *Identidades lésbicas: discursos y prácticas*. Barcelona: Bellaterra.

WESTON, K. (2003). *Las familias que elegimos: lesbianas, gays y parentesco*. Barcelona: Bellaterra.

WITTIG, M. (2006). *El Pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.

**Laburpena:** Artíkulu honetan egileak, ikuspuntu autoetnografiko batetik abiatuz eta doktore tesi ikerketan oinarrituz, bere amatasun lesbianorako prozesua eta bere familia lesboparentalaren eraikuntza kontatzen ditu. Bere ikerketa antropologikoa Kataluniako emakume lesbianen amatasunen inguruan egin zuen. Artikulua egunerokotasunetik gerturatzen da gaira, familia hauen ohiko praktikak deskribatu asmoz. Ageri diren gaietako batzuk jatorri pertsonalak, identitate sexualaren autoidentifikazioa, familiari ezagutzera ematea, umeak edukitzeko erabaki-proiektua zein amatasun esperientzia dira besteak beste.

**Hitz gakoak:** autoetnografia, amatasuna, lesbiana, familia lesboparentala, homoparentalitatea.

**Abstract:** In this article, from an autoethnographic perspective, the author narrates the process towards her lesbian motherhood and the construction of her lesboparental family, partly based on her doctoral research. She conducted anthropological research on the maternity of lesbian women in Catalunya. The article approaches this subject from an everyday perspective, with the intention of describing the daily practices of these families. Some of the topics included are personal origins, the self-identification of sexual identity, disclosure to the family, the decision-project of raising a child and the maternal experience, among others.

**Key words:** autoethnography, motherhood, lesbian, lesboparental family, homoparentality.